

te la inmigración. A estos beneficios se agregaría que colonias agrícolas fundadas bajo tan buenos auspicios, fecundarían inmensas superficies de tierra, con gran provecho para la patria mexicana.

¿Por qué no se observaría esa conducta, que toda la Nación habría aprobado?

Porque el General Díaz no puede pensar en todo, ni le conviene apoyar al obrero en sus luchas contra el capitalista; porque mientras el obrero al elevarse constituye un factor importante en la democracia, el capitalista siempre es partidario del gobierno constituido, sobre todo cuando es un gobierno autocrático y moderado. El General Díaz encuentra uno de sus más firmes apoyos en los capitalistas, y por ese motivo sistemáticamente estará contra los intereses de los obreros.

El General Díaz permanece impassible ante las catástrofes obreras; lo único que le conmueve es que peligre su poder, pues su principal papel consiste en ser el celoso guardián del absolutismo!

Indudablemente la instrucción pública es la base de todo progreso y adelanto; la única que ha de elevar el nivel intelectual y moral del pueblo mexicano, á fin de darle la fuerza necesaria para salir airoso en las tormentas que lo amenazan.

Dedicarse á impulsarla era la más grande necesidad de la patria. Así lo comprendió el mismo General Díaz; á pesar de sus esfuerzos, ha fracasado en su obra, porque con su sistema de gobierno tiene que valerse de personas ineptas, y su mirada, por más penetrante que sea, no puede abarcar un gran radio.

Según el censo de 1900, resulta que de los mexicanos saben leer y escribir apenas el dieciseis por ciento.

Para que se tenga una idea del pavoroso significado de esa cifra, diremos que según las últimas estadísticas del Japón, concurren á los planteles de enseñanza de aquel flo-

ciente imperio el noventa y ocho por ciento de los varones en edad de hacerlo, y el noventa y tres por ciento de las mujeres.

Esta es la prueba más elocuente del fracaso de la administración del General Díaz en ramo de tan vital importancia.

En el mismo Distrito Federal donde más se siente la acción del Ejecutivo, sólo el treinta y ocho por ciento de sus habitantes saben leer y escribir.

No entraremos á comentar el género de enseñanza impartida en las escuelas oficiales, tan rudamente atacado por el Doctor Vázquez Gómez, y sólo nos limitaremos á afirmar un hecho: la juventud educada en los planteles oficiales sale de los colegios perfectamente apta para la lucha, por la vida, todos poseen grandes conocimientos que los ponen en condiciones de labrarse muy pronto una fortuna, puesto que poseen el principal factor: la maleabilidad para amoldarse á todas las circunstancias y representar todos los papeles; con la misma imperturbable serenidad los vemos protestar solemnemente el cumplimiento de la ley, que son los primeros en vulnerar, como los encontramos declamando contra el Gobierno, que son los primeros en apoyar.

En cambio, esa juventud dorada está poseída del más desconsolador escepticismo, y las grandiosas palabras de Patria y Libertad, que conmueven tan profundamente á los hombres de corazón, los dejan á ellos indiferentes, fríos, imperturbables. El que tiene fe, que ama á la patria y está resuelto á sacrificarse por ella, pasa á sus ojos por un loco, ó cuando menos, lo tratan amablemente de desequilibrado.

Sin embargo, la savia de la Patria es tan vigorosa, que en la juventud se manifiesta en todo su esplendor el entusiasmo por lo grande y lo bello; pero las escuelas oficiales, y más aún el medio ambiente, van minando esos nobles y optimistas sentimientos y sembrando en sus corazones el desconsolador escepticismo, la fría incredulidad, el amor á lo positivo, á lo que palpan, á lo que ven; y cuando llegan á

la edad madura es esto lo único que consideran real, y clasifican las palabras de Patria, Libertad, Abnegación, entre la metafísica que acostumbran á considerar con cierto desdén.

Nuestra política con las naciones extranjeras, ha consistido siempre en una condescendencia exagerada hacia la vecina República del Norte, sin considerar que entre naciones, lo mismo que entre individuos, cada concesión constituye un precedente y muchos precedentes llegan á constituir un derecho.

No abogamos por una política hostil á nuestra vecina del Norte, de cuya grandeza somos admiradores, no solamente por su riqueza y poderío, sino por sus admirables instituciones y los grandiosos ejemplos que ha dado al mundo.

Sin embargo, si abogamos por una política más digna, que nos elevaría aun á los mismos ojos de los americanos é influiría para que nos trataran con más consideraciones; con las consideraciones á que se hace acreedora una nación celosa de su dignidad y honor. Esas consideraciones constituyen una fuerza mucho más poderosa que la de las bayonetas, pues el derecho de la fuerza ha perdido considerablemente su prestigio con los progresos de la civilización y muchos conflictos se han evitado por el respeto que impone el derecho cuando es sostenido con dignidad y energía.

Por no tratar sino dos de los puntos últimamente debatidos entre ambas Repúblicas, recordaremos que al permitir el Gobierno mexicano al de los Estados Unidos la construcción de una gran presa para almacenar las aguas del Río Grande, con el pretexto de que nuestros vecinos suministrarían los fondos necesarios para construir esa obra colosal, se les concedió la mayor parte del agua, dejándonos una cantidad verdaderamente ridícula, si se considera que tenemos derecho á la mitad.

El Gobierno mexicano debía haber insistido en disponer

de la mitad del agua, aun en el caso de desembolsar lo necesario para cubrir la mitad del costo de la presa.

Posteriormente, con motivo de la visita del señor Root á México, se suscitó la cuestión de la bahía de la Magdalena.

Mucho habría que decir sobre este punto; pero nos limitaremos á hacer las brevísimas consideraciones siguientes:

¿Qué gana la República Mexicana con permitir al Gobierno de los Estados Unidos que sus escuadras hagan sus ejercicios de tiro al blanco en la bahía de la Magdalena y tengan allí constantemente buques carboneros?

Indudablemente que si los Estados Unidos necesitan ahora esa bahía, también la necesitarán cuando termine el plazo concedido, y entonces será más difícil negarles el permiso, el cual, repetido varias veces, llegará á constituir una servidumbre, y será una constante amenaza para la integridad nacional.

Al dar un paso tan importante, ¿por qué no consultó el General Díaz de un modo franco la voluntad nacional? ¿por qué hizo que se tramitara ese asunto en sesión secreta del Senado?

Si Root amenazó ¿por qué no dió un manifiesto á la Nación exponiendo el ultraje que entrañaba esa amenaza y preguntándole qué actitud debía de asumir?

Si Root halagó su amor propio, el General Díaz hizo aún peor en premiar sus agasajos, sus brillantes discursos en que tan alta vió su vanidad, con una concesión juzgada por él mismo peligrosa para la Patria, como lo demuestran las palabras de un alto funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores al ser entrevistado sobre ese asunto por un repórter de «El Tiempo»: *que á la solicitud del Gobierno americano para la estancia de los buques carboneros en la Bahía de la Magdalena por el término de cinco años, el señor Presidente había contestado que pediría autorización al Senado para otorgarla únicamente por el termino que falta para que termine su periodo presidencial, PUES NO QUERÍA DEJAR PARA SUS SUCESORES COMPROMISOS POR ÉL CONTRAÍDOS.*

De todos modos, la opinión pública no aprobó esa conducta y si no manifestó de un modo hostil su parecer, fué porque toda manifestación en ese sentido, habría sido considerada como desafección al Gobierno, y sus autores hubieran sido el blanco de todas las persecuciones. Además, cuando se supo la noticia en México, por telegrama de Washington, era ya un hecho consumado la concesión á los Estados Unidos y toda protesta, además de inútil, habría sido sumamente peligrosa.

Supimos de una protesta calzada con numerosas firmas, que estuvo á punto de publicarse; pero sus autores comprendieron el peligro tan infructuoso para ellos de tal publicación, y prefirieron conservar toda su fuerza de acción para la próxima campaña electoral de Presidente de la República y demás funcionarios federales, pues esas épocas de agitación son las de verdadero combate en los países democráticos, y aunque hasta ahora esas prácticas no se han aclimatado en nuestro suelo, todo hace prever que los mexicanos haremos pronto un vigoroso ensayo.

No terminaremos este asunto sin recordar la mala impresión causada en el público, por haber alojado al señor Root en el castillo de Chapultepec y celebrado en su honor fiestas excesivamente suntuosas.

El castillo de Chapultepec es el símbolo de una de nuestras glorias más puras, y los mexicanos consideraron profanado el lugar que sirvió de gloriosa tumba á nuestros héroes infantiles, albergando al representante del pueblo que ocasionó en otros tiempos aquella guerra funesta.

No decimos esto porque queramos perpetuar odios; no, muy lejos de nosotros tal idea; pero ¿á qué venía hacer tan suntuosa recepción al representante de un país democrático?

Dos veces ha visitado la República vecina el Vicepresidente de nuestro país (decimos esto, porque cuando fué el señor Mariscal lo hizo con tal carácter) y nunca le han hecho recibimiento tan suntuoso; más bien le han corrido ciertos

desaires y hecho pasar bochornos, para lo cual nunca les ha faltado algún pretexto.

Por todas esas razones, la recepción del señor Root fué algo humillante para México, sobre todo si se considera la misión diplomática que tan reservadamente y con tanto éxito supo cumplir.

Además, en aquella época había gran miseria en el pueblo, contrastando tristemente con el esplendor de las fiestas, más que reales, verificadas en honor de nuestro ilustre visitante.

En Europa, cuando un Soberano visita á otro, raras veces se despliega tanta magnificencia; y nosotros, un país pobre, lo hicimos con un huésped cuya misión fué más interesada que amistosa.

En México se dijo con mucha insistencia que el mismo señor Root, se había sorprendido de tan suntuosa recepción.

¿Qué razones tendría el General Díaz para obrar de tal manera?

Parece que su política tiende á evitar á toda costa un conflicto con nuestra poderosa vecina del Norte; pero en verdad, sólo ha logrado aplazarlo haciéndolo cada vez más probable, pues siendo tan condescendiente con ellos, cuando otro ciudadano de más energías ocupe su lugar y no quiera ser tan complaciente, se resentirán sin duda nuestras relaciones diplomáticas con la República del Norte; pero no debemos temer un rompimiento, pues esa gran Nación no nos declararía por causas baladíes una guerra que en México sería considerada como guerra nacional, y la resistencial con que tropezaran muy distinta á la encontrada por los franceses durante la guerra de Intervención y apenas comparable á la que Napoleón I encontró en España, á quien nunca pudo pacificar. Además, la República Norteamericana es eminentemente democrática y los pueblos de esta índole; aunque son unos leones para defender su independencia, son poco afectos á la guerras de conquista, que benefician á unos cuantos capitalistas, con perjuicio de la

inmensa mayoría del pueblo, único que carga con las contribuciones de dinero y de sangre.

La noble actitud de los Estados Unidos hacia la Perla de las Antillas, que sólo han ocupado temporalmente para asegurar el normal funcionamiento democrático, nos demuestra elocuentemente la magnanimidad del pueblo americano y que nada debemos temer de él si son leales nuestras relaciones con ellos; pero la lealtad no excluye la dignidad; por lo contrario, ésta no hará sino dar más realce á nuestras relaciones amistosas.

Es posible que el General Díaz tenga otro criterio, lo cual fácilmente se explica, pues un hombre que debe su fortuna á la fuerza bruta, debe tener un singular concepto de ella y ha de conservar un respeto supersticioso.

*
*
*

Pasando ahora á estudiar nuestras relaciones con las repúblicas hermanas de Centro y Sudamérica, lamentamos que no se haya hecho mayor esfuerzo para estrechar más nuestras relaciones con ellas.

Queriendo aplicar el criterio de la política interior á la exterior de la República, se ha creído que con esas frases de convencionalismo, y con suntuosas recepciones á los delegados del Congreso Panamericano, sería suficiente para mantener el prestigio de México entre sus hermanos del Sur.

Nada más equívoco que tal creencia, pues á esas frases convencionales nadie les da crédito; aquí en el interior, todo el mundo calla por temor de aparecer descontento del Gobierno; pero en el extranjero es diferente y nuestra política internacional, como se merece, ha sido acremente criticada por la prensa de aquellos países.

A más de parecernos poco eficaz el esfuerzo hecho por el Gobierno Mexicano para estrechar nuestras relaciones con aquellos pueblos, creemos que ha cometido dos grandes fal-

tas. La primera, unirse á todas las potencias europeas cuando en una vasta coalición exigían de Venezuela el pago de cuentas adeudadas por esta. A México no le convenía por ningún motivo asumir esa actitud, tanto por antecedentes, como por propia conveniencia. Por antecedentes, porque amarga experiencia nos demuestra lo injusto que suelen ser tales deudas, y por conveniencia, porque el único modo de llegar á un posible equilibrio de fuerzas en el Continente Americano, es la unión de todas las Repúblicas latinas para contrabalancear el poderío de la Anglosajona.

Aunque somos de los que no temen una guerra con esa Nación por las razones ya indicadas, la prudencia aconseja aumentar nuestra fuerza, pues á medida que ésta sea más grande, disminuirán las probabilidades de un conflicto.

Si México en vez de haberse unido á las potencias reclamantes, hubiera interpuesto su influencia y ayudado con su crédito á Venezuela, su situación en la América Latina sería muy distinta de la actual y las demás Repúblicas con cierto orgullo considerarían á la Mexicana como á su hermana mayor, mientras que ahora la consideran más bien con cierta lástima al ver su política tan poco digna y levantada.

La otra falta trascendental ha sido no trabajar para que las cinco Repúblicas centroamericanas formen una sola República federativa. De ese modo, terminando las eternas guerras que las agitan y los odios que las dividen, formarían una Nación poderosa, nuestra aliada natural, y que, con la unión y la paz, progresaría muy rápidamente aumentando su fuerza, lo cual redundaría igualmente en nuestro beneficio por la comunidad de intereses é ideales.

En vez de eso, mientras estén divididas, corremos el peligro de que alguna de ellas vaya á dar á manos de cualquier potencia ambiciosa, como pasó con Panamá, constituyendo tan peligrosa vecindad para nosotros una seria amenaza.

Para llegar á esa federación, se hubieran preparado todos los hilos de la trama á fin de aprovechar la primera

oportunidad que se presentara, como fué el asesinato del General Barillas, pues ese acontecimiento causó tal efervescencia en la América Central, que una intervención de México en aquellos momentos, hubiera sido considerada como una ayuda de la Providencia, porque habría influido para quitar del poder al tirano Estrada Cabrera, que ocupa el puesto de Presidente de la República de Guatemala y que es tan odiado en su país.

En vez de esa conducta tan conveniente, como nuestra política no tenía orientación fija, anduvimos vacilantes, dejándonos llevar por las impresiones de momento y nos pusimos en ridículo, acabando de perder todo el prestigio que teníamos con nuestras vecinas del Sur, con *desenvainar la espada sin razón y envainarla sin honor*, frase con que tan gráfica y hábilmente resume nuestra política en aquellas circunstancias, nuestro ya citado y apreciable amigo el señor Fernando Iglesias Calderón.

No terminaremos de tratar este punto sin decir que nos pareció altamente impolítica una declaración del General Díaz á un repórter de «The Herald,» en la cual decía, hablando de nuestro ejército, que sólo lo necesitábamos para repeler algún ataque eventual de nuestras vecinas del Sur, puesto que por el Norte estábamos perfectamente á cubierto con la amistad de los Estados Unidos.

Alabamos la segunda parte de su declaración, pero no le tenemos á bien la primera, por demostrar cierta hostilidad para nuestros hermanos del Sur, y cierta arrogancia con el débil, mientras que con el fuerte es tan condescendiente.

Ya que el General Díaz es tan hábil en el arte de callar y de permanecer impenetrable, bien pudo haber puesto en juego en esa vez su habilidad.

Antes de pasar adelante queremos hacer una declaración de importancia:

No es nuestro ánimo atacar al señor Mariscal, nuestro dignísimo Secretario de Relaciones. Tenemos el más eleva-

do concepto de su patriotismo é integridad, y hemos sabido que en la mayoría de los casos citados él ha apoyado la política que esbozamos, como más conveniente para la Nación, pero ha tenido que transigir ante la omnipotente opinión del General Díaz.

Ya que en este libro nos hemos propuesto hablar el lenguaje de la verdad, debemos decir lo siguiente: como nunca se sabe lo que pasó en los consejos de ministros, fácilmente ha logrado el General Díaz que recaigan sobre cada uno de ellos todas las faltas cometidas en el ramo á su cargo, y atribuirse todo el mérito de lo bueno que se hace. Para ello es ayudado admirablemente por la prensa asalariada y por las mezquinas divisiones que tan hábilmente sabe fomentar entre sus ministros, á fin de tener siempre en equilibrio sus fuerzas para que ninguno de ellos llegue á imponérsele.

Lo ocurrido con el famoso proyecto de ley minera, nos demuestra que el General Díaz es quien resuelve todos los asuntos importantes, aun contra la convicción de sus ministros.

En este caso el asunto llegó á tener gran publicidad, por circunstancias especiales pero indudablemente tal hecho; es anormal en la política del General Díaz.

Progreso material.

Lo único que ostenta la administración del General Díaz en su apoyo, es nuestro progreso material.

Los diarios oficiales publican estadísticas y más estadísticas demostrando que el aumento en nuestro comercio es fabuloso, que las fuentes de riqueza pública y privada han aumentado considerablemente, que nuestra red ferrocarrilera se extiende más y más, que en los puertos se construyen magníficas obras para hacerlos más accesibles á los buques de gran calado, que en todas las grandes ciudades se ha hecho el drenaje, la pavimentación de las calles, se han construido magníficos edificios, etc., etc.

Todo es muy cierto; nuestro progreso económico, industrial, mercantil, agrícola y minero, es innegable.

Ya lo hemos dicho: el General Díaz hará al país todo el bien que pueda, compatible con su reelección indefinida.

Pues bien, si es cierto que en el orden de libertades todas constituían un estorbo para lograr su fin, por cuyo motivo ha procurado acabar con ellas, no pasa lo mismo con las cuestiones económicas, pues mientras más desarrollada esté la riqueza pública y mayores sean los intereses creados á su sombra, será mayor la estabilidad de su gobierno.

Para llevar á cima esta obra, los dos factores más importantes han sido: la paz y la oleada de progreso material traída al mundo por el vapor con sus múltiples aplicaciones al transporte y á la industria.

Ya hemos visto de que medios tan hábiles se ha valido para conservar la paz, siendo uno de los principales la construcción de grandes ferrocarriles. Pero éstos no solamente han servido para trasportar rápidamente las tropas, sino que han traído un desarrollo maravilloso de las riquezas de la Nación.

El General Díaz, consumado estadista y con sus grandes dotes administrativas, ha sabido fomentar nuestro progreso material, poniendo orden en todo aquello á donde alcanza su actividad. Sin embargo, un país tan extenso como el nuestro, no puede ser gobernado por un solo hombre y si es cierto que se ha rodeado de personas capaces y lo que está á su vista anda relativamente bien, no pasa lo mismo en los Estados, en los cuales la inmensa mayoría de los Gobernadores no se ocupan sino en acrecentar su fortuna por medios más ó menos lícitos, pero siempre en detrimento, por lo menos, de la buena administración de su Estado, puesto que no le dedican todas sus energías.

La mejor prueba de nuestro progreso material y del orden en las finanzas nacionales, está en que se cubren con desahogo los presupuestos de egresos á pesar de los intereses de

nuestra deuda extranjera que ha aumentado considerablemente durante la actual administración.

No publicaremos cifras para demostrar nuestro progreso, porque son bien conocidas de toda la nación las estadísticas respectivas.

Sólo diremos que es un error atribuir todo nuestro progreso al General Díaz, puesto que en igual período de tiempo han alcanzado un desarrollo que no guarda relación con el nuestro, muchas naciones del mundo, entre las cuales citaremos: el Japón, Francia, Estados Unidos, Italia, Alemania, y entre nuestras hermanas del Sur, Costa Rica, Argentina, Chile y el Brasil.

En todos esos países se ha notado como entre nosotros, la influencia bienhechora del vapor que ha revolucionado todas las industrias y los medios de transporte.

En todos los países mencionados existen las prácticas democráticas; en los que están bajo el régimen republicano, se han alternado en el poder varios ciudadanos, así es que no es principalmente al General Díaz á quien debemos nuestro bienestar económico, sino á la grande ola de progreso material que ha invadido todo el mundo civilizado.

Si en vez de un gobierno absoluto lo hubiéramos tenido democrático, indudablemente nuestro progreso material hubiera sido superior, porque el despilfarro en los Estados no hubiera sido tan escandaloso, y si bien es cierto que los Gobernadores no estarían tan ricos, en cambio las obras materiales habrían recibido mayor impulso, y sobre todo, la instrucción pública estaría más atendida.

Agricultura. En este ramo tan importante de la riqueza pública, poco ha hecho el Gobierno por su desarrollo, pues con el régimen absolutista,

resulta que los únicos aprovechados de todas las concesiones son los que lo rodean, y más particularmente en el caso actual, toda vez que uno de los medios empleados por el General Díaz para premiar á los jefes tuxtepecanos, ha sido darles grandes concesiones de terrenos, lo que cons-

tituye una rémora para la agricultura puesto que los grandes propietarios raras veces se ocupan en cultivar sus terrenos, concretándose generalmente al ramo de ganadería, cuando no los dejan abandonados para venderlos después á alguna compañía extranjera, como sucede con más frecuencia.

Las concesiones para aprovechamiento de aguas en los ríos, han sido inconsideradas, y siempre van á dar á manos del reducido grupo de favoritos del Gobierno, resultando que el agua no se aprovecha con tan buen éxito como hubiera sucedido subdividiéndose entre muchos agricultores en pequeña escala.

El resultado de esta política ha sido que el país, á pesar de su vasta extensión de tierras laborables, no produce el algodón ni el trigo necesario para su consumo en años normales, y en años estériles tenemos que importar hasta el maíz y el frijol, bases de la alimentación del pueblo mexicano.

Parece que las plantaciones de maguey sí alcanzan gran desarrollo, y aunque la venta del pulque proporciona pingües ganancias, no por eso debemos considerar su producto como una riqueza nacional, sino por el contrario, una de las causas de nuestra decadencia.

Minería é Industria.

Estos dos ramos, han recibido un impulso portentoso con los ferrocarriles, sobre todo la minería se desarrolla asombrosamente, debido tanto á los ferrocarriles como á la ley minera tan liberal.

En cuanto á la industria, ha recibido un positivo impulso de parte del Gobierno con la exención de contribuciones á las industrias nuevas y establecimiento de derechos proteccionistas.

Sin embargo, en ciertos casos ha ido el Gobierno demasiado lejos en su afán por desarrollar la industria, permitiendo que se beneficien con esas franquicias, explotaciones perniciosas. Nos referimos especialmente á las fábricas de

alcoholes de todas clases y sobre todo á los de maíz, que transforman ese grano, base de la alimentación del pueblo, en alcohol, uno de los venenos más perjudiciales para el progreso de la República. Esta industria ha encarecido el precio de ese cereal y aumentado la miseria del pueblo en años estériles.

En cuestión de tarifas proteccionistas, no siempre anda muy acertado el Gobierno; para decretarlas, sólo tiene en cuenta los intereses especiales de personas ó sociedades amigas á quienes desea proteger, sin consultar los grandes intereses de la Nación, que no tiene ningún representante legítimo en esas discusiones.

El resultado de esta política ha sido crear los monopolios del papel y la dinamita y encarecer considerablemente los artículos de hierro y acero, con perjuicio de toda la Nación y provecho de unos cuantos.

Hacienda Pública.

Este es uno de los ramos más difíciles de tratar para una persona que no pertenece á las esferas del Gobierno, pues para emitir juicios fundados sobre la mayor parte de los asuntos que le conciernen, sería preciso hacer estudios comparativos y minuciosos sobre estadísticas y datos de otras clases.

Por tal razón nos veremos precisados á tocar este punto superficialmente.

Numerosas estadísticas se publican con frecuencia, de las cuales resalta nuestro progreso material y el estado bonanzable de la Hacienda Pública.

Por otra parte, los progresos materiales saltan á la vista y nadie los pone en duda.

Lo que á nosotros corresponde averiguar, siguiendo las tendencias de este libro, es la influencia ejercida por la administración del General Díaz sobre nuestro desarrollo económico.

Desde luego podemos decir que su influencia ha sido enorme; pero lo repetimos: la causa principal de nuestro progre-

so, no es una causa local, sino mundial, pues el siglo XIX y los principios del XX se han caracterizado por el prodigioso desarrollo de las ciencias de aplicación á la industria y al progreso material.

Sin embargo, la administración del General Díaz tiene el grandísimo mérito de haber impulsado al país en la vía del progreso material, fomentando la construcción de ferrocarriles, protegiendo la industria, etc., etc.

Además, hemos dicho que el General Díaz hace al país todo el bien que puede, mientras sea compatible con su reelección indefinida.

Teniendo en cuenta la cortapisa expresada, veamos que bien le ha permitido hacer á la Nación, y cuanto ha influido en que ese bien no fuera mayor.

Desde luego, debemos hacer justicia á su administración, que ha logrado nivelar los presupuestos y aun presentar sobrantes en la Tesorería á pesar del enorme servicio de la deuda; lo cual prueba nuestra bonancible situación económica y que en el ramo de Hacienda existe un orden minucioso, orden que sólo logró establecerse cortando de raíz grandes abusos.

La inmensa deuda contraída por la administración actual, ha servido para desarrollar considerablemente nuestra riqueza, y no creemos que constituya gran carga para la Nación, desde el momento que con desahogo se pagan sus intereses y se va amortizando parte de ella.

La crisis financiera porque atraviesa actualmente el país, no quiere decir nada contra el desarrollo de la riqueza nacional. Sus causas son también mundiales; sobre nosotros se reflejó la crisis sentida en los Estados Unidos, haciendo bajar considerablemente nuestros productos de exportación y dejando de entrar capital extranjero.

El señor Ministro de Hacienda se alarmó con la crisis de los Estados Unidos, y temió que de alcanzarnos, amenazara seriamente á los bancos de emisión; éstos habían adquirido ciertas prácticas incompatibles con instituciones de

ese carácter, y prácticamente se habían convertido en bancos refaccionarios. Además, en algunos de ellos sus consejeros cometían grandes abusos.

Para conjurar el mal, el señor Limantour convocó á una junta de banqueros por medio de una circular, en la que expuso las modificaciones convenientes á su juicio para reformar la Ley Bancaria.

Esa circular causó honda impresión en los círculos financieros y aumentó la tirantez monetaria que ya se empezaba á sentir.

Sin embargo, se ha exagerado mucho el efecto de esa circular en el aumento de la crisis; ya hemos dicho que las causas determinantes fueron mundiales. Además, sufrimos las consecuencias de una ley económica bien conocida, según la cual, los países prósperos sufren crisis periódicas.

No terminaremos el ramo de Hacienda sin decir unas palabras sobre la fusión ferrocarrilera y el dominio del Gobierno sobre una gran extensión de las líneas nacionales.

Esta importante operación ha sido motivo de serias controversias en la prensa; no obstante, declaramos francamente que consideramos como un gran bien para el país el dominio del Gobierno sobre los ferrocarriles; de ese modo nos ponemos á cubierto de algún *trust* extranjero que los adquiera y explote, paralizando nuestras fuentes de riqueza.

Además, el Gobierno se preocupará mejor que una compañía extranjera, de los intereses nacionales, y aunque actualmente se conocen algunas quejas, quizás no sean muy fundadas, pero sobre todo, será fácil remediar el mal, y si la actual administración no lo hace, lo hará la siguiente, (que algún día ha de cambiar esta situación)

Otra razón de gran peso: esa adquisición quita el pretexto de reclamaciones internacionales en el caso desgraciado de trastornos intestinos ó de algún conflicto internacional.

Por último, razones muy importantes de orden económico, determinaron al Gobierno á consumir tan magna opera-

ción, según lo ha demostrado el señor Limantour en su informe.

El cargo único imputado á esta operación, es que podría haberse verificado en condiciones más ventajosas para la Nación, pretendiéndose que sirvió de pretexto á fructuosas especulaciones.

Afirmación difícil de comprobar, por más que el público da siempre crédito á tales rumores, porque es indisputable que bajo el actual régimen de gobierno se pueden cometer los más grandes abusos, sin que sea fácil comprobarlos, faltando el control de las cámaras y de la prensa independiente.

A pesar de lo expuesto, en el caso que nos ocupa la prensa ha usado gran libertad para combatir los actos del señor Ministro de Hacienda.

Circunstancia que no ha sido apreciada debidamente, porque ese acto del señor Limantour, de dejar que la prensa discuta, debía más bien enaltecerlo que desprestigiarlo. Pero sucede que, sin darnos cuenta, obramos bajo la sugestión del General Díaz, á quien no desagrada que la prensa ataque de cuando en cuando á sus ministros, sobre todo, cuando empiezan á adquirir cierto prestigio. En cambio, á él nadie lo puede censurar; él nunca es culpable de ninguna determinación desacertada de sus Secretarios, mientras que á él sólo se atribuye todo el mérito de las buenas.

Resulta que, mientras se ataca á uno de sus ministros porque se comete alguna falta en el ramo de su cargo, se prodigan toda clase de adulaciones al General Díaz, diciendo que se espera de su alta justificación, de su clarísimo talento, etc., etc., que remedie el mal, sin comprender, ó haciendo que no se comprende, que él es responsable de todas esas faltas, tanto porque los ministros son nombrados por él y no toman una determinación importante sin su consentimiento, como por el régimen del poder absoluto establecido, y el cual ha paralizado la influencia que podrían ejercer todos los ciudadanos si hicieran uso de los derechos que les

concede la Constitución, para inmiscuirse en los asuntos públicos.

Balance al poder absoluto en México.

Ya hemos estudiado su activo y su pasivo; procuremos ahora sacar las deducciones generales.

Desde luego, el poder absoluto nos presenta en su abono el gran desarrollo de la riqueza pública, la extensión considerable de las vías férreas, la apertura de magníficos puertos, la construcción de espléndidos palacios, el enbellecimiento de nuestras grandes ciudades, principalmente la capital de la República, y sobre todo eso, como la hada bienhechora de tanta maravilla, la paz que hemos disfrutado por más de treinta años, y que según parece ha echado hondas raíces en nuestro suelo.

En cambio, el actual régimen de gobierno nos presenta un pasivo aterrador; acabó con las libertades públicas, ha hollado la Constitución, desprestigiado la ley que ya nadie procura cumplir, sino evadir ó atormentar para sus fines particulares, y por último, acabó con el civismo de los mexicanos.

Para apreciar debidamente la nefasta labor del absolutismo, veamos cual es el ideal que debe perseguir todo gobernante que ama á la patria.

Desde luego podremos citar como un bellissimo programa de gobierno, el que tan elocuentemente encerraba en estas palabras el inmortal Morelos, cuando convocó al Congreso de Chilpancingo:

“Soy el siervo de la Nación, porque ésta asume la más grande, legítima é inviolable de las soberanías; quiero que tenga un gobierno dimanado del pueblo y sostenido por el pueblo. Quiero que hagamos la declaración de que no hay otra nobleza que la de la virtud, el saber, el patriotismo y la caridad: que todos somos iguales, pues del mismo origen procedemos; que no hay abolengos ni privilegios; que no es racional, ni humano, ni debido que haya esclavos; que se eduque á los hijos del labrador y del barretero como á los

del más rico hacendado y dueño de minas; que todo el que se queje con justicia tenga un tribunal que lo escuche, lo ampare y lo defienda contra el fuerte y el arbitrario; que tengamos una fe, una causa y una bandera bajo la cual juremos morir antes que ver á nuestra patria oprimida como lo está, y que cuando ya sea libre, estemos siempre listos para defender con toda nuestra sangre esa libertad preciosa."

En estas sencillas palabras están pintados con elocuencia conmovedora, los grandiosos ideales con que soñaban quienes no vacilaron en derramar toda su sangre para legarnos la preciosísima conquista de nuestra independencia.

Ese ideal es el que aún alienta á todos los pechos generosos que sobreponen el amor á la patria á las ruines pasiones.

Pues bien, el poder absoluto del General Díaz ha creado en México una situación muy distinta de la soñada por Morelos.

El jefe de la Nación, en vez de ser siervo y acatar los decretos del pueblo, se ha declarado superior á él y desconocido su soberanía; así es como el Gobierno actual no está nombrado por el pueblo ni sostenido por él. Su fuerza dimana de las bayonetas que lo llevaron de Tecuac al Palacio Nacional, en donde lo sostienen todavía.

La nobleza de la virtud, del saber, del patriotismo, es completamente desconocida por la actual administración, que sólo premia las acciones de los que le sirven y adulan, y persigue á todos los que no se doblegan.

La instrucción pública es tan desigual, que mientras en la capital de la República y en las grandes ciudades se construyen costosos y espléndidos edificios dedicados á la enseñanza, y se mandan á educar á Europa muchos de los afortunados, permanece aún el ochenta y cuatro por ciento de la población sin conocer las primeras letras.

En cuanto á la administración de justicia, está tan corrompida, que para fallarse cualquier litigio de importancia, se toma en consideración, no la justicia de su causa, sino

las influencias de los litigantes, resultando que el *hilo siempre se revienta por lo más delgado*, como vulgarmente se dice, así es que la administración de justicia en vez de servir para proteger al débil contra el fuerte, sirve más bien para dar forma legal á los despojos verificados por éste.

Por último, para que estuviéramos resueltos á defender nuestra patria hasta morir, necesitaríamos que se nos enseñara á amarla, y hasta ahora no ha pasado tal cosa; vemos que entre nosotros goza de más prerrogativas el extranjero que el nacional; que cuando debemos litigar en países extraños confiamos más en la justicia, que en el nuestro; que una parte de nuestros conciudadanos se han apropiado las riendas del Gobierno y declarado ineptos para llevarlas á todos los demás mexicanos, y no solamente, sino que los han declarado incapaces hasta para designar los funcionarios públicos, y que, en vez de combatir esa incapacidad por medio de la instrucción y de las prácticas democráticas, se les impide con la fuerza bruta cualquier ensayo que intentan para elevarse.

Por consecuencia, se ha acabado el patriotismo entre nosotros, porque hay que decirlo claro: el patriotismo no solamente se demuestra en el momento de una guerra extranjera, rechazando una agresión injustificada, sino que debe manifestarse constantemente, puesto que en tiempo de paz es cuando pueden organizarse las fuerzas de una nación y no es lógico esperar grandes esfuerzos en la defensa de la patria, de hijos que no han sabido trabajar para fortalecerla.

No hay que imaginarse que para sostener las guerras extranjeras lo único necesario sea el dinero; esto es cierto solamente para las guerras de conquista, á las que se refería el gran Napoleón. Para las guerras defensivas lo indispensable, ante todo, es el patriotismo: España, el país más pobre de Europa, fué el único que Napoleón nunca pudo someter.

Aquí en México, á no ser por el patriotismo de un puñado de héroes, habríamos perdido nuestra independencia

cuando en Puebla fueron destruidos nuestros elementos de guerra por el ejército francés.

Pues bien, esos patriotas se habían forjado en las luchas democráticas, en las guerras intestinas defendiendo nuestros caros principios de libertad. ¿Dónde están ahora esos hombres que salven á la patria en caso de peligro?

Todas las esperanzas de la Nación las han querido concentrar en un anciano octogenario.

Este, celoso de su poder más que de las glorias patrias, no ha preparado á la Nación para una defensa seria, ya que en vez de militarizarla adoptando algún sistema económico, se ha reducido á sostener un ejército que sólo sirve para oprimirnos.

Por otra parte, vemos que el General Díaz ya no puede con la carga del gobierno, y quizás para evitarse la dificultad de resolver problemas arduos, prefiere posponer su resolución indefinidamente, y está amontonando problemas que revestirán una importancia pavorosa cuando tengan que resolverse todos de golpe, con la muerte del que ha logrado mantener un equilibrio artificial en nuestra situación.

No declamamos. ¿Qué haremos con la concesión otorgada á los Estados Unidos, para que ya no hagan uso de la Bahía de la Magdalena como estación carbonífera, cuando la Nación no quiera prorrogar el permiso?

¿En donde encontraremos al que ha de llevar constitucionalmente las riendas del gobierno, si sólo conocemos creaturas del General Díaz, que engreídos con su política han de querer seguirla?

Indudablemente que existen hombres de mérito; pero no los conocemos, ni ellos mismos han tenido tiempo de formarse en las candentes luchas de la idea, en el vasto campo de la Democracia.

En resumen, el poder absoluto ha aniquilado las fuerzas de la Nación, porque los ciudadanos que podrían prestar su contingente para la buena marcha del gobierno, se han abstenido de hacerlo por temor de no aparecer como descon-

tentos. Esa costumbre les ha hecho perder todo interés por la cosa pública, sabiendo que no podrán remediar la situación.

Tal indiferencia en el elemento intelectual, ha paralizado todo esfuerzo por el mejoramiento. Las mismas autoridades, viéndose aduladas en todos sus actos, creen firmemente que no se puede hacer más ni mejor.

Además, los pueblos son siempre influidos por el ejemplo de arriba. Los que gobiernan, embriagados por la adulación, van dando poco á poco rienda suelta á sus pasiones; por costumbre, vulneran la ley y sus más solemnes protestas las ven como fórmulas vanas. Como resultado, el pueblo también va dando rienda suelta á sus pasiones, según lo atestigua el aumento pavoroso del alcoholismo, la criminalidad y la prostitución; se acostumbra á no apreciar el imperio de la ley; obedece servilmente al principio de autoridad, y se acostumbra al disimulo, amoldándose en todo al medio en que se encuentra.

Total: una nación en donde la virtud es escarnecida y burlada; el éxito siempre premiado aunque sea obtenido á costa del crimen, y el patriotismo visto con desdén ó perseguido, tiene que ir por una pendiente fatal, á donde la impulsan además las riquezas con todas sus voluptuosidades.

Los hombres superiores, los que con la clarividencia del patriotismo han visto el peligro, permanecen silenciosos; una mordaza terrible los ahoga y les impide articular una palabra.

Que en estas circunstancias venga una tempestad sobre la patria, y adiós independencia; la perderemos con la misma indiferencia con que hemos perdido nuestra libertad; y así como hemos visto pisotear nuestra Constitución, veremos hollar nuestro territorio.

En tal caso, la pérdida de nuestra independencia no sería considerada como un mal por los hombres de negocios, pues todas las propiedades subirían de valor; y como el espíritu mercantil es el único que se ha desarrollado á la sombra del

despotismo, resultará que ese espíritu seguirá invadiendo poco á poco todas las masas sociales, hasta que llegue á predominar lo que en estos tiempos se llama *ser práctico*, y todo el mundo será *práctico* y á nadie se le meterá en la cabeza la locura de dejarse matar por defender á la patria, pues la patria ¿qué es? *Es un mito, una cosa inmaterial, intangible, que no produce nada.*

Ese principio ha llegado á ser el criterio nacional en gran parte de la República, pues ya hemos visto como se expresan algunos malos hijos de México que habitan la Baja California; la indiferencia con que el pueblo se enteró de la concesión de la Bahía de la Magdalena y más que todo, estamos presenciando el indiferentismo con que todos dejan hollar sus más sagrados derechos de ciudadanos.

Quizás al leer esto asome una sonrisa volteriana á los labios de los escépticos. Otros pensarán que vemos el porvenir al través de la lente del pesimismo.

Que todas esas personas releen el capítulo anterior en donde á grandes rasgos procuramos describir los efectos del poder absoluto en el mundo. No hay que olvidarlo, estamos durmiendo bajo la fresca, pero dañosa sombra del árbol venenoso; soñamos deslumbrados por el progreso material; arrullados por la voluptuosidad de la riqueza y el bienestar; enervados por la inacción y sobre todo esto, el miedo paraliza nuestras facultades, hasta la del discernimiento, puesto que, para no abochornarnos de nuestra debilidad, exageramos demasiado la importancia de los obstáculos que se nos presentan en el camino del deber, y para no vernos obligados á salir de nuestra inacción, nos convencemos fácilmente de que navegamos por un mar de aceite y que ninguna tempestad asoma por el horizonte de la patria.

Para terminar este capítulo, haremos las consideraciones siguientes:

El actual gobierno se ha preocupado tan poco del pueblo, de la clase trabajadora, que tiene establecidos en los Estados fuertes impuestos para los trabajadores que emigran

aun á otras partes del país en busca de mejores sueldos. Los impuestos están disimulados bajo la forma de una contribución en los contratos de enganche, á razón de *tanto por cabeza*.

La situación del obrero mexicano es tan precaria, que á pesar de las humillaciones sufridas por ellos allende el Río Bravo, anualmente emigran para la vecina República millares de nuestros compatriotas, y la verdad es que su suerte allá es menos triste que en su tierra natal.

¡De toda la América, México es el único país cuyos nacionales emigran al extranjero!

¿De qué nos sirve nuestro portentoso progreso material, si no tenemos asegurado ni siquiera el sustento honrado á nuestras clases desvalidas?

Y los progresos aterradores del alcoholismo ¿por qué no se han evitado?

¿Por qué no emplea el General Díaz su mano de hierro para extirpar esa gangrena social? ¿Será más perjudicial el anhelo de la libertad, que el deseo de embriagarse?

El estudio que hemos hecho de la situación actual, se puede condensar en las siguientes frases:

En las esferas del gobierno predomina la corrupción administrativa, pues aunque el General Díaz y algunos de sus consejeros son honrados, no pueden por sí solos saber todo lo que pasa en la República; pero ni siquiera cerca de ellos; bien sabido es que entre las personas que los rodean se cometen grandes abusos, ya sea especulando con los secretos de Estado ó ya por medio de concesiones ventajosas para ellos.

Además, todos los funcionarios públicos se han acostumbrado á burlar la ley, gozan de una impunidad absoluta y están muy engreídos con el actual régimen de cosas.

En las esferas de los gobernados, tenemos en primera línea la clase privilegiada, la gente rica que goza de toda clase de garantías cuando sólo emplea su actividad en los negocios, cosa que no le cuesta mucho trabajo, porque la ri-

queza siempre ha fomentado el egoísmo. Parte de esta clase es constantemente beneficiada por el gobierno, y la inmensa mayoría, que no lo es, está también contenta con la situación actual, pues le permite dedicarse al lujo, al placer, á todas las voluptuosidades que le proporciona el dinero, y no solamente tiene libertad absoluta para ello, sino que goza de impunidad relativa.

Por último, tenemos la clase humilde, el pueblo bajo que nunca se ve obligado á ir á la escuela y encuentra en todas partes el medio de satisfacer sus instintos bestiales, sobre todo, el desenfrenado deseo de alcohol. Ese no sabe si estará ó no contento, pues en el triste estado de abyección á que está reducido, no se da cuenta de su situación ni sabe si podrá aspirar á elevarse.

Sin embargo, ese pueblo aplaude todos los espectáculos que se le presentan á su vista; aplaude al torero, al cirquero, al cómico, y también aplaude las ceremonias oficiales, que no considera sino como representaciones teatrales en grande escala, pues en el fondo, á pesar de su ignorancia, bien comprende que todo cuanto le dicen es mentira.

Por lo expuesto se verá como puede decirse que la mayoría de la República está contenta con el actual orden de cosas. Pero los únicos que no están contentos, son los intelectuales pobres, que no han sufrido la corruptora influencia de la riqueza, y entre los cuales se encuentran los pensadores, filósofos, escritores; los amantes de la Patria y de la Libertad; la clase media que no tiene grandes distracciones, se dedica al estudio y no recibe ningún beneficio con el actual régimen de gobierno y que, en el taller, mientras pone en juego su fuerza física para el desempeño de su tarea diaria, deja vagar su inquieta imaginación por el espacioso campo del pensamiento, concibiendo brillantes ensueños de redención, de progreso é igualdad; por último, entre las clases obreras, el elemento seleccionado que aspira á mejorar y que ha llegado á formar ligas poderosas, á fin de obtener por

medio de la unión, la fuerza necesaria para reivindicar sus derechos y realizar sus ideales.

A pesar de lo modesto de estos elementos, la Patria tiene cifradas en ellos sus esperanzas y serán los que la salven.

